

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

Dinero sucio

Colombia, Perú, Bolivia, Ecuador, de estos países andinos ha salido, y aún sale, la mayor parte de la cocaína, el tráfico internacional del blanco polvo fino, del polvo de las narices puesto que por las narices se esnifa. Colombia ha sido, sin duda, el centro de control y envío de la droga cultivada dentro de sus fronteras y también en los países vecinos. El cartel de Cali y en especial el de Medellín se hicieron tristemente célebres.

Es cierto que personajes como los hermanos Ochoa o Pablo Escobar se equivocaron: amparados en sus fabulosas fortunas, en vez de intentar infiltrarse en los centros del poder político y económico, quisieron convertirse ellos en un nuevo poder; tenían un proyecto de poder absoluto y declararon la guerra al Estado colombiano.

Las cifras de la masacre que estos hombres y su gente produjeron son impresionante: solamente de 1990 cerca de veinte mil asesinatos, más de cincuenta al día. Entre las víctimas, un ministro de Justicia, cuatro candidatos a la presidencia de la República, trescientos y pico jueces, docenas y docenas de alcaldes y concejales, y más de dos mil policías y soldados. Yo estuve ese año en Bogotá, cubriendo la información de las elecciones para un periódico madrileño, y puedo asegurarles que el ambiente era macabro pese al valor que le echaban los colombianos.

Este uso permanente del terror estaba programado contra cualquiera que se opusiese a sus designios de poder; los periodistas que se atrevían a escribir sobre el narcotráfico, aunque fuese sin atacarlo directamente y sin citar nombres, lo pagaban caro: más de medio centenar de ellos fueron asesinados.

Pero Colombia ha comenzado a reaccionar. Ha empleado enormes recursos en la lucha contra los narcos, más de un diez por ciento del presupuesto nacional. Y los resultados han sido ya alentadores: los Ochoa y Escobar están en la cárcel, aunque sea una cárcel de lujo; se han arrestado a cerca de veinticinco mil personas implicadas en el narcotráfico y en asesinatos; más de cuatro mil quinientos laboratorios fueron destruidos; las extradiciones de delincuentes reclamados por la justicia de EE.UU. continúan; innumerables pistoleros a sueldo de los narcos



droga que desplazó a otras de su mercado interior, ha sido relativa: en 1990 ayudaron a los países andinos con 235 millones de dólares, cantidad que se ha ampliado este año a 430 millones, dinero para financiar la destrucción de los cultivos de coca. Una ayuda bastante modesta, acompañada, eso sí, de declaraciones políticas y presiones diplomáticas.

El narcotráfico va a continuar, porque la coca sigue cultivando: más de un millón de campesinos andinos viven de ella y no se han encontrado cultivos alternativos, aunque se han ensayado varios, como el tomate, los pimientos... Pero faltan plantas enlatadoras o canales de distribución de los productos en fresco.

No creo que se logre la erradicación de la coca americana. Si hay demanda de cocaína, se seguirá produciendo. Y si se consigue disminuir allí su cultivo, cosa que ya está ocurriendo, se cultivará en otros lugares del mundo. Pienso en determinadas zonas cafeteras de África: donde crece el café, crece la coca.

Vuelvo a los grandes narcotraficantes andinos. Sí, se equivocaron por partida doble: por querer desplazar violentamente a los gobiernos de sus países y por manejar infantilmente sus fabulosos beneficios.

La confrontación armada ya la han perdido. Y sus ganancias, o las han empleado, en una pequeña parte, para adquirir haciendas, construir palacios lujosísimos y dar tremendas fiestas para impresionar a la opinión pública, o las han colocado en paraísos fiscales, en cantidades fabulosas, en donde tributan poco, pero que también rinden poco. Han actuado como nuevos ricos, como péjicos empresarios.

Empresarios sucios, se entiende. En Italia sobre todo, pero también en Francia o en España, las mafias suelen invertir sus beneficios en la economía legal, siempre que pueden y pueden muchas veces. Su norma es: cuando más oscuro y turbio es el origen del dinero, más fachada honorable y legal debe dársele; y pagar además sus impuestos religiosamente, claro que sí. Son, paradójicamente, empresarios legales y personas de las que se conoce el origen normal de sus fortunas los que buscan refugio en los llamados paraísos fiscales.

Y estas cosas ocurren en países que alardean de su tradición cristiana. Pero Cristo dijo verdad: su reino no es de este mundo. ●

CUANTO MÁS
oscuro y turbio es
el origen del dinero,
más fachada honorable
y legal debe dársele

han muerto en enfrentamientos con la policía o el ejército... En Bolivia, el rey de los narcotraficantes, Roberto Suárez, que aseguraba tener el poder suficiente para destruir el ejército de su país, está en la cárcel.

En Perú, se destruyen plantaciones y se juzga a los capos del tráfico de la coca.

La ayuda de Estados Unidos, que a partir de 1978 sufrió una auténtica invasión de cocaína,